

# LEYENDA Y TRADICIÓN EN HONDURAS

**Roberto Ramón Reyes-Mazzoni**

**Empezaré** hablando de mi encuentro con una leyenda viva, en este caso, referente a un sitio maligno: Las Piedras del Diablo. En mis andanzas por los campos de Honduras me encontré con un grupo de gente campesina que, por mis indagaciones sobre lugares de interés, me platicaron de varias localidades que parecían salirse de lo común y merecían que las visitara. En cierto momento alguien mencionó algo del Diablo, ante la consternación de los demás. Por supuesto, me interesó saber a qué se referían. Después de varios intentos, logré que me hablaran de “Las Piedras del Diablo” y accedieran renuementemente a llevarme al lugar, aunque no les causaba ningún gusto. El acceso no resultó tan difícil, pero al llegar al sitio lo encontramos sumergido parcialmente por ser temporada de lluvias. Nadie sabía el origen del nombre, pero decían que era malo acercarse a esas piedras. La sorpresa fue que la ribera y las rocas del río estaban cubiertas por manifestaciones de arte rupestre prehispánicas. Frecuentemente se manifiesta una tendencia en la población local a sugerir que el suceso es relativamente reciente (finales del siglo XIX o el siglo XX) y a modificar y apropiarse de leyendas más antiguas y darles un giro que las actualiza, además de prestigiar al adaptador, e igual sucedió aquí. Esas incomprensibles incisiones sobre la superficie de las piedras no se remontaban más allá de sus abuelos. Ellos les habían contado que las habían visto desde su juventud y que verlas les había producido extrañas sensaciones. Se mencionaron distintas historias de pactos con el Diablo, pero no iban más allá de dos generaciones. Me limité a tomar notas y escribí lo que pensé que sería más probable. Para mí, algún misionero o cura católico, desde los primeros años de la colonia procuró separar a los indígenas del culto seguido por sus ancestros, y les ordenó alejarse de los demonios que sus antepasados habían honrado con su expresión artística rupestre en ese sitio acuático. Esas lajas eran de los demonios, el lugar de las piedras del diablo: muy probablemente el lugar de Chac o Tlaloc, de la Serpiente de las aguas, del Chichán.

También mis guías han dirigido mi atención, en los caminos de herradura, hacia algunos grandes pedruscos con marcas naturales raras que, según la gente local, podrían ser huellas de los cascos del caballo de un desgraciado que se llevó el diablo y sobre el cual se ha creado la leyenda correspondiente, que el viento de las montañas hondureñas se ha encargado de propagar. Es el

mundo legendario, al que en la época actual es posible acercarse con ciertos instrumentos teóricos que facilitan su comprensión, no sólo por la temática en sí, sino por el papel que desempeñaron o desempeñan en las sociedades actuales. Las leyendas se refieren a ciertos acontecimientos que ocurrieron u ocurren en nuestro mundo, pero muchas veces en la frontera con otras realidades o conceptos imaginarios; ellas no siguen rigurosamente las reglas o leyes de la naturaleza: pueden tratar de seres sobrenaturales e inexplicables, y obligan a recurrir a un concepto globalizador en que diferentes mundos, el natural, el sobrenatural, el celestial, el terrenal y el inframundo, interactúan en un mismo plano de la realidad que se plasma en la leyenda. Sin embargo, aunque se refiera a hechos sobrenaturales, puede estar ligada con sucesos históricos.

No obstante, hay que reconocer que existe una primera etapa antes de pasar a una interpretación externa, ya sea antropológica, sociológica, psicológica o histórica. Es el registro, la descripción tal como las narran los informantes o quienes las conocen. En Honduras, el estudio más completo es el de Aguilar Paz, “Tradiciones y Leyendas de Honduras”,<sup>1</sup> que cumple con la etapa descriptiva y la complementa con un adecuado conocimiento histórico. En su momento, no era posible ir más allá. Tan es así, que el propio autor termina con el colofón: “Los cuentos se acaban hoy/ los cuentos que me contaron/si el cuento no tuvo cuenta/culpad a quien los contó.”

Muchos son los seres que desfilan por las leyendas de Honduras, y existen listas ya compiladas que los exponen. Algunas como las del “Cadejo y la llorona” se encuentran también en otros países de Centroamérica (un estudio comparativo de las diferentes versiones resultaría interesante), y muchas otras se refieren a lugares, personas, sucesos, incluso hechos históricos y no necesariamente a deidades o seres sobrenaturales. La “lluvia de peces” en Yoro parece ser un hecho natural que ha generado varias leyendas sobre sus causas. En cambio, la Leyenda de “El Bulero parece ser creada en los inicios del siglo XX.

Antes de pasar al siguiente tema, las tradiciones, pienso que es conveniente hacer mención de una leyenda muy importante, aunque poco explorada, que está basada en un suceso de la historia de Honduras: la muerte de Lempira. El

<sup>1</sup> Jesús Aguilar Paz, Tegucigalpa, 1972, ed. del autor.

caudillo indígena Lempira lideró, en el siglo XVI, la principal resistencia en Honduras a la invasión europea, y sus tácticas guerrilleras les impidieron a los españoles acabar con él. Debió ser un buen estratega y un excelente negociador, pues logró reunir en torno suyo a los 200 pueblos lenca. Incluso pudo, después de vencer a un grupo de hispanos, apoderarse de sus espadas y escudos y los utilizó en sus combates. Se fortificó en un peñón de fácil defensa y resistió largo tiempo, hasta que los españoles lo invitaron a parlamentar y, si bien no se reunió con ellos por temor a una emboscada, accedió a escucharlos desde lo alto de un risco. Pero fue abatido traicioneramente por un tiro de arcabuz, cuando dos españoles se le acercaron montados en el mismo caballo para parlamentar con él. Así lo narró el cronista real Herrera en sus *Décadas*. El conquistador español que le disparó lo relató de diferente manera en una probanza que se realizó años después en la Ciudad de México. Pero lo importante para este escrito es que en el occidente del país y entre algunos campesinos de ascendencia indígena, se relata que Lempira no murió, que fue herido y su gente lo rescató y lo llevó a una cueva. En ella lo dejaron dormido y de ahí regresará para dirigir a su pueblo a una nueva grandeza. Si esta leyenda se generó, como es probable, poco después de la muerte de Lempira, quedaría contenida en el contexto de la sobrevivencia y la resistencia del pueblo lenca a los españoles y los mestizos. No debemos olvidar tampoco que Lempira es en la actualidad la moneda de circulación oficial en Honduras, a la que se le dio este nombre como homenaje al héroe que se opuso a la conquista. Las leyendas pueden ser, como vemos, bastante más que meras leyendas.

Hablar de las tradiciones nos lleva a una situación distinta. Si se hace referencia a la tradición, se trata ante todo de elementos o factores culturales materiales e inmateriales, que son considerados valiosos o son aceptados por la *mayoría* de los integrantes de un pueblo o sociedad, por lo que se considera conveniente transmitirlos de generación en generación. Se transmite oralmente, por escrito o por mera imitación. Esa aceptación no necesariamente es consciente, aunque de alguna manera se procura reforzar la conciencia de la misma. Las tradiciones no son estáticas y las sociedades las modifican o las desechan. Pero, mientras se mantienen vigentes, se consideran como algo positivo tanto para la identidad colectiva como para la individual. Son parte del ser, de lo que se es. Si bien hoy en día se tiende a restringir el significado de la tradición a lo pasado, también hay acciones actuales que pueden convertirse en tradiciones futuras.

Quizás la tradición culinaria de Honduras es una de las mejores evidencias de la adaptación de la tradición a las condiciones del presente. En cambio, cuando una tradición se pierde, es el momento en que se convierte en parte del pasado. Ya hemos hablado en otra ocasión de la mistela. En

Honduras el caso de la tortilla de maíz es una tradición vigente y muy generalizada. A la vez tiene vertientes regionales, pues la tortilla de Sta. Bárbara no es igual a la del centro de Honduras. Tampoco es excluyente, quien la come también puede preferir comer pan en algún momento. Sin embargo, procesar el maíz en una piedra de moler para hacer la masa ya no es parte de esta tradición, excepto en algunas comunidades muy aisladas. Aunque nunca es igual de sabrosa, nadie puede obligar a otra persona a que use una piedra de moler y prepare la masa de maíz tal como lo hacían nuestros antepasados antes del siglo xx. No por esto deja la tortilla de ser una importante tradición culinaria de Honduras: “Dime lo que comes y te diré quién eres.” Por lo tanto, la tradición no es algo estático. Es bueno que no lo sea. Lo malo es cuando se le hacen cambios sin ton ni son, y se tratan de imponer esos cambios. Nadie prohibió usar las piedras de moler para hacer la masa de la tortilla. Las personas que integraban la comunidad o la sociedad llevaron a cabo ese cambio adaptándose a las nuevas circunstancias. Igual ocurre con los nacatamales, o las diferentes formas de preparar la yuca, las tajaditas de plátano, la sopa de caracol, la sopa de mondongo y las torrijas en miel, entre muchos otros platillos.

Incluso tradiciones religiosas, como las procesiones de Semana Santa en Comayagua o en Tegucigalpa, aunque en lo religioso inmutables, no serían reconocidas por alguien del siglo xviii. En esa época, llegar a participar en ellas o ir a verlas sólo por turismo hubiera sido impensable. Habrían expulsado a los foráneos. A nadie se le ocurriría hoy en día, en aras de conservar pura la tradición, prohibir la asistencia de turistas. Más bien se la promueve. Por supuesto, por ser también una manifestación religiosa y no sólo una tradición, hay límites sobre el comportamiento.

Hay personas que defienden a ultranza las tradiciones; en el otro extremo están los que las consideran vestigios de un pasado superado. Los primeros a veces quisieran vivir en el pasado; los segundos quisieran acabar con todo vestigio tradicional. Algunos defienden los edificios que son parte de nuestra tradición, otros los queman o destruyen con singular desparpajo. Sin embargo, hay algo obvio que no consideran ambos. Una tradición vigente en algún momento forma parte de nuestro entramado social, no es algo muerto, es parte de la vida e historia de una cultura. Como tal, por su valor para nuestros pueblos, cualquier acción sobre ellas debe ser suficientemente reflexionada a partir de una buena información y conocimiento de lo que representan, y de sus posibles funciones y valoraciones pasadas, presentes y futuras para nuestras sociedades. ▣

---

**Roberto Ramón Reyes-Mazzoni.** Antropólogo hondureño, embajador de Honduras. Recibió sus títulos de Economista en la Universidad Nacional Autónoma de México, Arqueólogo en la Escuela Nacional de Antropología de México y la maestría en Antropología en la UNAM. Diplomado en Historia del Arte. Cursó el Doctorado en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.